

LINDAURA ANZOATEGUI CAMPERO DE CAMPERO

En el año 1815

Episodio histórico

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

POR

EL NOVEL

POTOSI, 1895

El pueblo de La laguna, el más importante de la Provincia de Tomina, sirvió muy frecuentemente de cuartel, ya á las fuerzas realistas, ya á las patriotas, durante nuestra larga y heroica guerra de la Independencia. Su ventajosa situación topográfica para las operaciones de los contendientes, su clima sano y benigno y la abundancia de recursos para las necesidades de la vida, explican el empeño con que era disputada su posesión por patriotas y realistas.

Era el mes de octubre de 1815, y La Laguna hospedada con aire de fiesta á las fuerzas del célebre guerrillero D. Manuel Asencio Padilla. Nacido en Chayanta, el 29 de setiembre de 1773, tenía á la sazón 42 años de edad, y sus hazañas, conocidas desde 1812, le daban grande nombradía é inmensa popularidad en la dilatada región que desde Valle Grande se estiende hasta Chuquisaca.

Como nos proponemos relatar un episodio histórico apénas conocido entre los innumerables que brillantan nuestra guerra de la Independencia alto-peruana, vamos á permitirnos transcribir en seguida, y con legítimo orgullo, los notables conceptos que sobre ella emite el insigne historiador americano, General D. Bartolomé Mitre.

"Es esta, *dice*, una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros de deliberados... la humildad de sus caudillos, de sus combatientes y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza, impidiendo apreciar, con perfecto conocimiento de causa, su influencia militar y su adelanto político."

"Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, ella duró quince años, sin que durante un solo día se dejase de pelear; de morir ó de matar, en algun rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracterizaba moralmente el hecho de que, sucesiva ó alternativamente, figuraron en ella ciento dos caudillo, más ó menos oscuros, de los cuales solo nueve sobrevivieron á la lucha, pereciendo los noventa y tres restantes en los patíbulos ó en los campos de batalla, sin que uno solo capitulase, ni diese ni pidiese cuartel en tan tremenda guerra. Su importancia militar puede medirse más que por sus batallas y combates por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez, la acción de los ejércitos poderosos y triunfantes." (Historia de Belgrano, pagina 559.)

Padilla, uno de los más notables entre los ciento dos caudillos patriotas alto-peruanos, hacia poco que instalar su cuartel general en La Laguna, el pueblo de sus simpatias y que se honró más tarde con su nombre.

El dia en que damos comienzo á nuestra narración, era templado y sereno. Sentíase ese dulce bienestar que acompaña á los primeros halagos de la primavera; y el descanso que el infatigable caudillo concedía á sus tropas. Aumentaba el contento general del pueblo.

Muchos de los vecinos de La Laguna habian ofrecido alojamiento á Padilla, pero éste prefirió tomarlo en una de las casas que pusiera completamente á sus órdenes su entusiasta y leal amigo D. José Barrera; esa independiente, la última que y terminaba la calle hácia el camino á Chuquisaca y cuyas paredes interiores daban ya á campo descubierto. Allí se instaló el caudillo, bajo el pie de sencilla y pacífica naturalidad que se complacia en gozar durante las cortas treguas concedidas á su infatigable actividad.

Vamos a penetrar a la habitación á que nos guian las alegres voces que en ella se oyen. Ocupa el centro una cuadra y sólida mesa del rojo y perfumado cedro de nuestra frontera, cubierta con uno de aquellos manteles tegidos en Mojos, cuya desaparición lamenta en nuestros días toda mujer de órden. Colorada simétricamente está la pesada vajilla de plata, producto del memorable Cerro de Potosí y trabajada con esmero por artífices de aquella imperial y opulenta Villa. Atrae una codiciosa mirada el lejitimo é incomparable queso de Pomabamba, flanqueado por dos ventradas y verdosas botellas, de esas que solia enviarnos el industrioso Cochabamba, llenas esta vez del rojo y preciado vino del privilegiado valle de Cinti; y no faltaba tampoco, aunque en botella de más modestas dimensiones, el suave y aromático licor de una blanca de aquel hermoso valle; y en uno de los extremos de la mesa, campeando por sus respetos, una colosal jarra de loza vidriada del país, colmada con la amarillenta y sabrosa chicha cuyo secreto de fabricación conserva hasta hoy el pueblo de La Laguna. Dorados pines, grandes como ruedas de molino en miniatura, complementaban los aprestos de la merienda acostumbrada en aquellos patriarcales tiempos.

II

De las cuatro sillas que están en cuatro costados de la mesa, tres de ellas se hallan ocupadas por los comensales.

—Oiga U., Padre, decia uno de ellos á su vecino, engañemos el tiempo de alguno modo, por ejemplo, contándome de qué manera dejó el acetre para esgrimir la espada contra los godos. El interpelado sonrió mirando al tercer personaje que envolvía silenciosamente una respetable cantidad de exquisito tabaco tarijeño en una hoja de maíz, flexible y suave como un a de papel.

—D. Manuel se lo contará mejor que yó, contestó al curioso, púes nadie como él para decir las cosas en cuatro palabras.

—No, Padre, insistió el primero; no es cuestión de pocas palabras, sinó de matar el hambre con la charla. Cuente U., hombre.

—Bueno!... ¡Si me lo ordena el Coronel!

—Qué órden ni qué niño muerto! Hasta para abrir la boca necesita U. de licencia, como si se encontrase en un campo de batalla?

—Allá voy, D. José ¡Jesus! ¡y el genio de pólvora que tiene sin haber recibido ni un mal fogueo de escaramuza!

—Oiga, hombre, que no por eso sirvo con menos decisión y peligros á la pátria.

—Eso es tan cierto D. José, intervino el silencioso personaje, que con el dolo hecho de haberme cedido su casa, se expone U. á la venganza de los realistas.

—¡Eh! D. Manuel...¿y cree U. que á mi se me importa de ello un bledo? Cumplo con mi deber, satisfecho el cariño que le tengo... Pero oiga U., fraile ¿piensa que no veo sus maliciosas guiñadas? Ha procurado picar mi amor propio para librarse de contarme su historia ¡Bribonazo! El cuento, el cuento sin remisión.

—Misericordia! ¿No vé U., hombre, que estoy cayéndome de pura debilidad?

—¡Quite U.! ¡Un fraile soldado con esos melindres!

—Júzgueme U. ante el enemigo, que ahora en las dulzuras de la paz, mi pobre estómago...

—No más lamentos, Padre Polanco, exclamó alegremente desde la puerta una mujer que traía en las manos una colmada fuente.

—Grátias agamus Dómino!... ¡Y el olorcillo que despide el potaje, Da. Juana!

—Como que yo lo he guisado para el paladar de Manuel, ¡Ea! Á la mesa y á comer como Dios manda.

III

Sabido es por toda persona cuyo apetito ha sido aguzado por la espera, con qué egoismo se consagran los primeros momentos á satisfacer esa imperiosa necesidad. Aprovechemos de ellos para dar una breve idea de nuestros cuatro comensales.

El dueño de casa de franco y bondadoso rostro, es uno de aquellos honrados vecinos de pueblo, con sus puntos de testarudez, tipo que felizmente, no se ha extinguido en nuestro país.

El Padre Dn. Mariano Suarez Polanco, secretario, consejero, sombra del cuerpo del caudillo, es de estatura mediana, muy en relación con su temperamento nervioso, que presta tanta actividad á su cuerpo y tanta energia á su alma. Su prematura calvicie, dá mayor realce á la blancura mate de su ancha frente, bajo la que fulguran sus pardos é inteligentes ojos. En su rostro pálido y cuidadosamente afeitado, hacen muy buen efecto sus labios rojos prontos á entreabrirse con una sonrisa burlona. Una pequeña capilla gris, echada negligentemente sobre los hombros, es el único distintivo de su carácter sacerdotal.

D. Manuel Asencio Padilla, ancho de hombros, cabeza pequeña y altivamente sentada sobre un robusto cuello, demuestra la fuerza muscular de su bien equilibrado temperamento; así como la fijeza avasalladora de sus negros ojos, la configuración de su morena frente y el acentuado pliegue que contrae sus labios, dando natural seriedad hasta á la sonrisa que tara vez los entreabre, revelan la tranquila y firme convicción del hombre seguro de sí mismo é inquebrantable en sus resoluciones.

Réstanos presentar el esbozo de Da. Juana Asurdui de Padilla, nacida en Chuquisaca y contando á la sazón 34 años de edad.

De aventajada estatura, las perfectas y acentuadas líneas de su rostro, recordaban el hermoso tipo de las trastiberinas romanas. Al verla tan bella, al sentirse subyugado por la natural y serena dignidad que le consagran los suyos, y que, llegado el caso, pudiera eclipsar la autoridad y los prestigios de su esposo (Da. Juana Asurdui, era adorada, por los naturales que la rodeaban, como á la imagen de la Virgen [Mitre, "Historia de Belgrano", pág. 598]

—¿No gusta U. Señora, una copa de cinteño? Le preguntó Dn. José al ver que Juana no había llevado á sus labios el rojo líquido.

—Gracias... Prefiero siempre el agua.

—¿El agua?... Pues solo la acepta mi estómago como componente de la chicha. ¿No es verdad que U. piensa como yo, D. Mariano?

—El soldado y el fraile, contestó sentenciosamente Polanco, vaciando de un sorbo el jarro de vino que tenía al lado, deben sabe contentarse con lo que encuentren á mano.

Y en voz baja y rápido, dijo á Juana.

—Muy preocupado está el Coronel: casi nada ha comido.

Juana miró atentamente al caudillo.

—¿Te sientes indispuerto, Manuel? Le preguntó. Has dejado intacto los platos.

Padilla alzó la cabeza y contestó distraído.

—Me encuentro bien, pero no tengo el menor apetito.

En aquel punto se presentó un soldado, que no tenía de tal, otra cosa que la profusión de vivos rojos que disfrazaban su vestido de paisano.

—Mi Coronel, dijo, cuadrándose militarmente, acaba de llegar Santiago con un ajeno que quiere...

El caudillo se puso de pie con viveza e interrumpiendo al mensajero.

—Vamos, le dijo: ya sé lo que es. Y dirigiéndose a Juana y a sus compañeros, añadió: Pronto vuelvo.

—Qué tiene. D. Manuel? Repitió Polanco al oído de Juana.

—Presumo que las tristes nuevas que recibimos ayer, lo han puesto displicente, contestó ésta en voz baja.

Polanco movió la cabeza con aire de duda, encerrándose en un mutismo tal, que puso en derrota la verbosidad de D. José.

—Beso a U. las manos, Señora, dijo éste con aire de mal humor.

—¿Es posible que nos deje sin tomar café? Le advierto que es del legítimo de Yungas, sabe U. que yo me precio de entenderlo para prepararlo.

—Ya lo sé, Señora; pero ese fraile acaba con la poca paciencia que debo al Cielo, y por esta vez prefiero cederle mi parte, a ver si una doble ración le despeja la morella.

Solos Juana y D. Mariano, siguió la primera consagrada exclusivamente, al parecer, a la sabia confección de la aromática bebida que ella prefería sobre todas, mientras el segundo, sumido en sombría taciturnidad, no daba señales de vida; pero la mirada de ambos se volvió, rápida e investigadora, al ruido de los pasos de Padilla. El caudillo no regresaba solo: un apuesto mancebo lo acompañaba.

IV

—El Señor, dijo señalando al joven, es portador de una comisión importante, cuyo alcance están UU. muy lejos de imaginar.

—Ya lo creo, exclamó Polanco displicente, como que esta es la primera vez que veo la cara de este caballero.

—Tiene U. razón, Padre, intervino Hernando, con el puro y varonil acento castellano. U. ignora quién soy, y en nuestros calamitosos tiempos, la desconfianza se impone como una necesidad.

—Está U. en lo cierto. De modo que, mientras no se explique el Coronel...

—Padre, dijo gravemente Padilla, habla U. con un Capitán español, que acompaña al Comandante D. Pedro Blanco.

Juana hizo un movimiento de satisfacción, al ver confirmada la opinión que formara respecto a Hernando.

—¿Un oficial realista á las treinta leguas de su campamento y en medio de las fuerzas patriotas? Exclamó Polanco.

—Parte U. de un falso supuesto, repuso el caudillo.

D. Pedro Blanco, Jefe del Señor, se encuentra en Alcalá, á la cabeza de un destacamento.

Juana se incorporó con viveza, pero Polanco poniéndose de pié violentamente.

—¿En Alcalá? Dijo ¿á las cuatro leguas nuestro campamento? Y lo sabemos ahora, y por un oficial realista!... ¡Vaya que su broma es pesada, Coronel!

—El hecho es cierto, contestó lacónicamente Padilla.

Juana fijó en el caudillo su mirada profunda é interrogadora y volviéndose á Hernando, le dijo con imperioso acento:

—Explíquese U., Capitan. Tenemos activos y leales emisarios observando los movimientos del enemigo.

¿Cómo han conseguido UU. burlar su vigilancia?

V

Antes de oír la respuesta de Hernando, necesitamos dar á conocer algunos antecedentes íntimamente relacionados con nuestra historia.

El Jefe realista La Hera, digno competidor del valiente Padilla, decidió dejar Chuquisaca y establecer su campamento en Yamparaez, aproximándose un tanto á La Laguna, centro de operaciones de los patriotas. Tenía una fuerza de 800 hombres y una brillante oficialidad, ansiosa de vengar la atrevida victoria que obtuviera Padilla sobre la guarnición de Presto, el 6 de enero de ese mismo año de 1815.

Por otra parte, la inusitada tranquilidad del caudillo patriota, intrigaba vivamente á La Hera que, si bien recibía avisos exactos de la situación y número del enemigo, no conseguía penetrar sus planes.

La misma tarde de su llegada á Yamparaez, hizo llamar á su alojamiento al Capitan D. Pedro Blanco, que tan trágico fin tuviera años después en Chuquisaca.

—Me he fijado en U., Capitan, le dijo, para el desempeño de una delicada y peligrosa comisión.

—Gracias, General, contestó el joven.

—Conoce U. el terreno en que debe maniobrar, y para mayor abundamiento irá en su compañía Isidro, uno de nuestros más inteligentes diestros.

—Está bien, mi General.

—Marcharán cien hombres de infantería y unos veinticinco de caballería bajo el más absoluto sigilo, pues todo el éxito depende del secreto con que debe U. ejecutar su marcha hasta colocarse cerca del enemigo.

—¡Ah,! exclamó alegremente Blanco, ¡vamos, por fin, á buscar combate!

—No, Capitan. Mi objeto es tomar informes sobre lo que significa la inacción de los rebeldes acampados en La Laguna.

—Permítame observarlo, mi General, que para semejante comision me basto yo solo.

—La prudencia, Capitan, no está reñida con el valor.

Sírvase U. escucharme hasta el fin.

VI

Blanco se inclinó ligeramente y guardó atento silencio.

—Una de dos, prosiguió La Hera, siguiendo el curso de la idea que lo dominaba el curso de la idea que lo dominaba, ó la inacción de Padilla es el resultado del desacuerdo latente que existe entre varios de sus lugar-tenientes, ó el audaz é incorregible rebelde se prepara á darnos uno de sus atrevidos golpes de mano. Esto último no me inquieta, pues, ¡vive Dios! que no me tomará dormido; más, si fuera lo primero... sin su inusitado reposo significase la impotencia en que se halla...

Interrumpióse de punto y miró con fijeza á Blanco.

—En ese caso, exclamó el jóven, mis ciento veinticinco hombres darian buena cuenta de su irresolucion.

—Olvida U que me baso en simples conjeturas, Capitan.

—Sírvase continuar, mi General.

La Hera dio algunos pasos por la habitación. Detúvose, por último, y dijo rápidamente, como si las palabras que pronunciaba le quemasen los labios.

—Si por medio de dádivas y promesas pudiésemos conquistar á Padilla á nuestra causa!

—¿Atraernos el rebelde? Exclamó Blanco. Es obra imposible, mi General.

—Padilla es más que un hombre, repuso La Hera con esfuerzo, ¿en qué podemos fundarnos para creerlo incorruptible?

—Perdone U., General, si me permito interrogarlo. ¿Tiene U. algun antecedente para esperar que Padilla...?

—¡Oh! no, interrumpió La Hera vivamente, y el medio... estratéjico ó como quieran llamarle, que me propongo emplear, no lo pongo en práctica sin repugnancia. Pero, ¿quién condenaría ese paso dictado por el deseo de economizar más sangre y dar bienestar y sosiego á estas regiones desoladas por una guerra sin cuartel? Sometido el infatigable rebelde á la natural obediencia del Rey nuestro Señor, si ejemplo bastaria para desalentar á los otros, permitiéndonos entonces, sin agotar tiempo, fuerzas y paciencia en esta funesta guerra al menudeo, dar recio y decisivo golpe á la rebelión. Por lo demás, si se frustrase mi plan, ello en nada contribuiría á empeorar la situación.

—Perfectamente, mi General.

—Ahora bien, ninguno mejor que U., Capitan, para ponerlo en planta Como alto-peruano, conoce U. el lenguaje y el carácter de sus paisanos, y su circunspección, superior á sus años, es para mi una garantía de éxito.

—Gracias por su confianza, mi General. Pero el destacamento que llevo, dificultando el sigilo de mi marcha...

—Ya se tomarán las medidas que requiere el caso. Es necesario, mientras tanto, que mi enviado diplomático lleve resguardadas las espaldas, pues nunca está de más que la fuerza apoye la razón.

—Así, pues, mi General, me autoriza U. para usar de ella?

—En un solo y poco probable caso, Capitan: si tiene U. probabilidades de victoria. La norma de su conducta debe ser la prudencia: no hay que olvidarlo. ¿Me explico lo bastante?

—Comprendo, mi General.

—Yo seguiré á UU. para situarme en Tarabuco. Como debe U. marchar al amanecer de mañana, mis instrucciones las daré esta misma noche, y no olvidaré entre ellas señalar el principal obstáculo con que tropezará U. en sus pacíficas y brillantes proposiciones á Padilla.

Blanco sorprendido. Interrogó con la mirada á La Hera.

—Sí, murmuró éste, no es la firmeza del rebelde lo que más que preocupa...es la influencia de otra voluntad.

—¡Ah! exclamó el jóven. Piensa U. en Doña Juana, mi General.

—¿La conoce U?, le preguntó con interés.

—Como se conoce al rayo en el momento en que hiere.

Sí, prosiguió Blanco; tiene U. razón en preocuparse: esa mujer rehusaria una corona si se la ofreciésemos.

—Dícenla jóven y hermosa repuso La Hera.

—Sus fanaticos hacen de ella una divinidad.

—Y ¿de su virtud?

—Solo dos amores han llenado hasta ahora su corazón: el de la patria como acostumbran decir los malditos rebeldes, y el de su esposo.

—¿Quién sabe si es la ocasión la que ha faltado para ponerla á prueba?, murmuró pensativo el Jefe realista y volviéndose á Blanco. Exijo de U. la más completa franqueza, de dijo. Aunque mi pregunta le parezca frívola, ya comprenderá U. el alcance que tiene para mis proyectos U. que es el compañero predilecto de mi sobrino Hernando ¿qué opinión tiene formada sobre sus dotes personales?

—¡Oh! ,mi General, exclamó Blanco con sincero entusiasmo. Hernando valiente, bello y discreto como es, goza la fama de irresistible.

La Hera sonrió con aire satisfecho.

—Lo llevará U. en su compañía, le dijo. Sírvase hacerle advertir que lo necesito. El secreto de la expedición, quedará librado á U. y á él, Capitan.

VII

Mientras tanto, en la víspera del día en que dimos comienzo a nuestra narración, recibió Padilla nuevas capaces de quebrantar el ánimo más esforzado. Algunos de sus lugar-tenientes, desconociendo su autoridad, se habian lanzado de su propia cuenta á seguir la guerra de

partidarios. Semejante falta de plan y de unidad entre los caudillos patriotas, fue la causa eficiente de la esterilidad de sus sacrificios y de la prolongación de la guerra durante quince años; consecuencias funestas, que no podían ocultarse á la clara razón de Padilla. Y como si esto no fuese bastante para probar el temple de su alma, su Capitán D. Estéban Fernandez le anunciaba la apurada situación en que el temible Aguilera tenía colocado al heróico Warnes, caudillo patriota del oriente, y la desmoralización de las fuerzas que él conducía á su socorro. Por otro lado Cueto y Ravelo, esperados de un momento á otro en la Laguna, le decían que la imposibilidad de levantar tropas en Tarvita, por el desaliento que allí cundía, los había obligado á pasar al Villar, donde esperaban que sus esfuerzos tuviesen buen resultado: pero que, mientras tanto, era indispensable ir ganando tiempo á toda costa, paralizando las operaciones de La Hera.

VIII

Cuando Polanco hubo terminado de leer el último pliego de tan infaustas nuevas, contuvo el sordo grito de desesperación, pronto á escaparse de sus labios, é inclinando la frente cruzó los brazos sobre el pecho y murmuró resignado:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Padilla, los codos apoyados sobre la mesa y oculto el rostro entre las manos, permaneció inmóvil.

Juana se puso de pié, y señalando el hermoso horizonte azul que se descubría por una ventana, dijo con sereno resolución:

—Si todos nos abandonan, quedamos nosotros para proseguir la conquista de la libertad, bajo la mirada de nuestro Padre que está en los Cielos.

—¡Solos!, murmuró amargamente el caudillo.

—Necesitamos ser muchos para morir?, preguntó Juana con una triste sonrisa.

—Pero no se trata solo de eso, contestó Padilla. Entregar siempre víctimas á nuestros verdugos, sin que nos aliente ya ni un rayo de esperanza en el éxito, ¿no sería ofender á Dios con tan estéril sacrificio?

Juana apoyó con fuerza sobre el hombre de su esposo una de sus blancas y nerviosas manos.

—La sangre que se derrama por la independencia de los pueblos, le dijo con acento de profunda convicción, el mismo Dios se encarga de recojerla y el tiempo la hace fructificar. Contentémonos nosotros con cumplir nuestro deber hasta el fin, dejando á nuestros hijos la gloria de recoger el fruto de nuestro sacrificio.

—¡El Cielo bendiga á U., Señora, por esas palabras! Murmuró Polanco, sintiendo humedecerse los ojos.

—La palabra es fácil, repuso Padilla moviendo tristemente la cabeza.

—¡Manuel!, exclamó Juana, buscando la mirada de su esposo, no permita Dios que me llegue la ocasión de dudar de ti. ¿Nos faltan algunos auxiliares?... Tendremos que habérmola también con Aguilera?... Y bien: tomados entre dos fuegos, nuestra tarea se simplifica: moriremos más pronto por la patria, hé ahí todo.

—¿Y no comprendes que es la idea de tu sacrificio la que me vuelve cobarde?, exclamó impetuosamente el caudillo. Cede una vez, una vez siquiera en alejarte del peligro, en conservar tu vida para nuestros hijos...

—¡Calla!, murmuró la heroica mujer, sellando con sus manos los labios de su esposo. Hace mucho tiempo que los tengo entregados á Aquel que se llama el Padre de los huérfanos [Y su prevision maternal, fue infalible, pues solo Dios se encargó de dar pan á esa descendencia de nuestros héroes y de nuestros mártires, que, si aun existe, la ingrata Patria lo ignora!!!!].

Y dos lágrimas se deslizan silenciosas y lentas por sus mejillas.

Reinó un momento de silencio: la emocion embargaba aquellos tres corazones heroicos. Padilla no tardó en recobrar el imperio con que sabia dominar sus impresiones.

—¿Se cumplieron mis órdenes respecto á los emisarios de estas noticias?, preguntó á Polanco.

—Los despaché con diversas comisiones, sin permitirles que se comunicasen con nadie.

—Está bien eso, por de pronto; pero, como es difícil ocultar las malas nuevas, necesitamos buscar los medios de contrarrestar sus perniciosos efectos entre la tropa y los del pueblo.

Dicho esto, salió Padilla con aire preocupado y sombrío.

—Talvez tiene razón el Coronel en sus tristes previsiones, dijo Polanco pensativo.

—No hay duda: el desaliento cunde entre los nuestros, contestó Juana, las dificultades aumentan, crece el peligro, y así es mayor la gloria de los que permanecen firmes en su puesto.

IX

La situación de la casa que ocupaba el caudillo, hemos dicho ya que le permitia gozar de toda independencia: de suerte que, Padilla se vió á campo descubierto, sin que turbasen su honda preocupación encuentros importunos en tales circunstancias.

El pueblo de La Laguna ocupa una extensa planicie, accidentada por leves ondulaciones. Es presumible que ántes hubiese sido el lecho de un lago. No existen bosques ni en sus alrededores, y si bien la feracidad del terreno y lo templado del clima se prestan á todo género de productos, la escasez del agua y, digamoslo de una vez, la desidia de los pobladores, hace que el cultivo de la tierra se reduzca puramente á cereales, regados por las abundantes lluvias que humedecen aquellas regiones.

El paseo matinal del caudillo fue detenido por la carrera de un hombre que se dirigía al pueblo, y que al ver á Padilla, se detuvo, exclamando alegremente.

—Qué suerte la de encontrarlo, mi Coronel! Yo, que corria en su demanda!

—¡Santiago! ¿Me traes noticias de Chuquisaca?, le preguntó Padilla con viveza.

Por toda respuesta, el recién llegado puso un pliego en sus manos. El caudillo lo rasgó sin apresurarse. Contenia dos comunicaciones, que leyó para sí lentamente. En seguida, guardándolas en uno de los bolsillos de su sencilla chaqueta de paisano, interrogó á Santiago.

X

—Explícame, le dijo, de que manera, de emisario patriota te has convertido en mensajero realista.

—Por necesidad, mi Coronel, contestó el hombre del pueblo, sosteniendo sin afectación la investigadora mirada del caudillo. Cumpliendo con las órdenes de U., vigilaba los movimientos de La Hera, y lo seguí á Yamparaez.

—¡Ah!, dijo Padilla. ¿Has dejado Chuquisaca?

—Hace tres días.

—Prosigue.

—En Yamparaez se destacó el Capitan Blanco á la cabeza de cien infantes y veinticinco hombres de caballería. Entónces dije para mi capote: veamos la dirección que toma, por qué éste no puede llevar sino malas intenciones. Marché tras el destacamento hasta dos leguas más acá de Tarabuco, donde caí miserablemente en poder de las avanzadas que vijilaban todos los vericuetos, deteniendo hasta á las mujeres y á los niños.

—Si dijo Padilla con amargura. La Hera está perfectamente servido; y así se explica cómo han llegado los suyos sin reconocimiento mio, tan cerca de nuestro campamento. Continua, añadió dirigiéndose á Santiago.

—Una vez que entramos á Alcalá, se me llevó á presencia del Capitan Blanco que se hallaba con D. Hernando de Castro, el mismo que hace pocos meses me salvó la vida, mi Coronel.

—Varias veces te lo he oido decir. Sentémonos y cuéntame las circunstancias en que te prestó ese servicio.

Santiago se quitó el poncho y lo estendió por tierra para que se sentara Padilla, y él se colocó respetuosamente á su lado sobre el césped.

—Yo con dos compañeros míos, cabecillas también de la cholada patriota de Chuquisaca, dijo, debíamos ser fusilados por haber lanzado vivas á la patria. Tuve la suerte de ser conocido en la prisión por D. Hernando, y como yo le cayera en gracia, me prometió conseguir mi perdón. Le contesté que mis compañeros lo merecian tanto como yó pues nuestro delito era el mismo. Rióse D. Hernando y esa misma tarde sacaron desterrados á mis compañeros y yo quedé á su servicio, habiéndole advertido que mi opinión seguía firme por la patria y por U., mi Coronel, y que, si U. me necesitaba volveria á su lado, como lo hice.

Padilla estrechó con fuerza entre las suyas las manos de aquel noble hijo del pueblo.

—Generoso corazón revela D. Hernando, le dijo.

—Mucho puede sobre el ánimo de su tío, el General La Hera, y dícese que siempre lo inclina á la clemencia.

—Dime ahora lo que pasó en Alcalá.

—Santiago, me dijo D. Hernando, así que estuve en su presencia: vas á marcharte libre, con una sola condición.—Cuál, mi Capitan?, le pregunté.—Comprometiéndote á llevar este pliego al Coronel Padilla para entregárselo en mano propia y sin pérdida de tiempo. He respondido de ti al Comandante.—¿Debo volver con la respuesta? Eso depende de lo que disponga el Coronel Padilla, me contestó. Tomé el pliego y eché á correr como alma que lleva el diablo.

—Así, pues, repuso el caudillo. La Hera quedó en Yamparaez. ¿Sabes el número de fuerza?

—Unos ochocientos hombres de lo mejor, mi Coronel; y sospecho que haya seguido los pasos á la avanzada de Blanco.

Padilla reflexionó un momento, y sacando una cartera del bolsillo, escribió con lápiz sobre un sus hojas y con gruesos é imperfectos caracteres lo siguiente:

—"Yo, D. Manuel Asencio Padilla, Coronel de los ejércitos de la Patria por la gracia de Dios nuestro Señor, garantizo bajo mi palabra y mi fe de cristiano, apostólico y romano, la vida del individuo que fuese servido enviar ante mí y á mi cuartel el Comandante Capitan D. Pedro Blanco, Vá de mi puño y letra por ausencia de mi Secretario".

—Vas á regresar á Alcalá con este pliego para el comandante D. Pedro, dijo á Santiago.

—Corriente, mi Coronel...¿No me permite U. abrazar á los compañeros y besar la mano á la Señora?

—Tiempo tendrás para ello, amigo mio, por que es seguro que regresarás con la persona que envíe Blanco. Por el momento, tu buena voluntad y tu discreción me son indispensables.

Convenientemente instruido sobre su nueva comisión, tomó Santiago el camino que acababa de recorrer y Padilla se dirigió al pueblo, cuando las primeras sombras de la noche se extendían por el horizonte.

XI

—¿Cómo han conseguido UU. burlar la vigilancia de nuestros emisarios?, había preguntado la esposa del caudillo al Capitan español.

Este dirigió á Padilla una mirada interrogadora.

—Padre Polanco, dijo el caudillo, sacando los pliegos que recibiera la víspera de manos de Santiago; sírvase leer en voz alta estas comunicaciones.

Tómolas D. Mariano y leyó lo que sigue:

"Al valiente Coronel D. Manuel Asencio Padilla, yo, el General La Hera, desde mi campamento de Yamparaez, Salud".

"Interpretando los generosos y fraternales sentimientos del Rey nuestro Señor, que Dios guarde, a favor de estas sus lejana y desgraciadas provincias, emprendemos con la mayor voluntad la humanitaria tarea de conciliar los ánimos discordes y proporcionar treguas á la desolación que las aflige".

"Comenzamos tan laudable empeño por vos, ilustre Coronel, por que reconocemos el gran influjo vuestro sobre estos pueblos, y por que los vuestros cristianos sentimientos nos son notorios, y os hacen apto para secundar nuestras elevadas intenciones".

"Ampliamente facultado por nos, vá á vuestro encuentro nuestro Capitan D. Pedro Blanco; y si fueseis servido de oír sus palabras de conciliación y de paz, quedareis convencidos de los generosos y paternales deseos del Rey nuestro Señor, y podeis, si tal fuese vuestra voluntad, ser aclamado por los pueblos como su pacificador y el más grande y noble de sus hijos".

Terminada esta lectura, en medio de un silencio sepulcral. Polanco dio principio á la del segundo pliego.

XII

"El Capitan D. Pedro Blanco espera en Alcalá la resolución del ilustre Coronel D. Manuel Asencio Padilla: si ella es favorable á su comisión, enviará inmediatamente á su lado una persona de completa confianza, para conocer las condiciones de una entrevista que puede producir notables y proficuos resultados".

—¿Has recibido hoy esas comunicaciones?, preguntó Juana á su esposo.

—No; las tengo desde ayer tarde.

—¡Ah!, hico simplemente Juana, y guardó silencio.

—Quieres decir, observó Polanco, dejando escapar con dificultad las palabras de entre sus apretados labios, quiere decir que este caballero es el enviado en cuestión?

—He garantizado su vida y su seguridad, dijo vivamente Padilla.

—Así lo comprendo, contestó secamente el Secretario.

—Ahora bien, repuso el caudillo, esperamos que el Señor Capitan nos exponga el encargo que le ha sido confiado por su Comandante.

Hernando guardó silencio: Padilla siguiendo la dirección de su mirada, fija en Juana, añadió.

—No tenga U. embarazo, Capitan: mi esposa sabe tanto como yo de asuntos de guerra. Hable U. sin reparo.

Pero Juana, poniéndose de pié, se apresuró á decir.

—Yo encuentro que este caballero tiene razon, pues hay asuntos que solo deben ser tratados entre hombres. Adios, Capitan: U, es jóven, y esa es una garantia de puros é hidalgos sentimientos.

Salió la esposa del caudillo, y la mirada de Hernando la siguió hasta que vió perderse la última ondulación de su vestido.

—Acabemos de una vez, Capitan, exclamó Polanco, dominando con gran esfuerzo la sorda indignación que rugía en su alma.

El hermoso rostro del jóven, cambió de expresión como por encanto. Diríase que libre de la presencia de Juana, recobraba su serenidad desdeñosa y altanera. Sin contestar á Polanco, se volvió al caudillo y le dijo:

—Conocemos perfectamente la situación de U., Coronel. Sus heróicos esfuerzos se estrellan contra el desacuerdo que reina entre sus lugar-tenientes, y el cansancio y el desaliento cunden entre los que siguen sus banderas.

—Y, ¿qué de ahí?, interrumpió violentamente Polanco.

—De ahí, contestó el jóven con firmeza, la inutilidad de los sacrificios, la esterilidad de los esfuerzos, la ruina de los pueblos y su terrible y justiciero anatema contra los autores de tanto daño. No olviden, Señores, que solo el buen resultado está muy léjos de halagar las previsiones de los que se apellidan patriotas.

Un relámpago de ira dilató los grandes é inteligentes ojos de Polanco, pero Padilla, sin darle tiempo para replicar, dijo con ese acento suyo, frio y cortante como el acero.

—Prosiga Ud., Capitan: lo escuchamos hasta el fin.

Y el jóven continuó tranquilo y con tono de profundo convencimiento.

—Y bien: ante esa indiscutible evidencia, seria un criminal ó un insensato el hombre que precipitase estas hermosas regiones á su completo aniquilamiento. Dios y la posteridad le pediran

severa cuenta de ello. Así debe comprenderlo. U., Coronel, y renunciar honrosamente una partida desesperada. La oportunidad suele ser única, y yo vengo á proporcionarla.

El caudillo tenia los ojos fijos en Polanco, dispuesto á contener en estallido que las palabras de Hernando harian dar á su mal contenida indignación; más, contra los temores de Padilla, una sonrisa satisfecha dilató los comprimidos labios del patriota, y teniendo cordialmente la mano al joven.

—Capitan, le dijo, hay verdadero valor en irritar la herida del leon en su propio antro; y á ese valor añade U. el mérito de la franqueza. Me place luchar con enemigos de ese temple.

El jóven correspondió con placer al leal apretón de manos de Polanco.

—Sepamos en qué consiste lo que U. viene á proporcionarme dijo el caudillo con su impasibilidad habitual.

—La entrevista que indica á U. el Comandante Blanco, y que puede tener lugar en el sitio y en las condiciones que le plazcan, Coronel.

Los dos patriotas tuvieron un mismo pensamiento, que se lo comunicaron con una sola y rápida mirada. Ella decia.

—Aceptemos... Veamos por donde escapan.

Sin embargo, Padilla contestó friamente.

—La proposición es muy grave para decidirla sobre la marcha.

—¡Oh! exclamó Hernando con viveza, yo lo comprendo así, Coronel, y venga dispuesto á pedirle hospitalidad por todo el tiempo que U. lo tenga por conveniente.

—Hospitalidad no siempre quiere decir libertad, acentuó Polanco con expresiva sonrisa.

—Pues bien, exclamó alegremente Hernando: en la guerra como en la guerra. He aceptado mi comisión con todas sus consecuencias.

XIII

Llegada la hora de la succulenta cena de aquellos buenos tiempos, se presentó Juana á hacer los honores de la mesa, con tan tranquila naturalidad, que podia creerse que habia olvidado el misterio, que aun lo era en parte para ella, de la presencia del Capitan realista en su propio alojamiento.

Su ingénua indiferencia por todo lo que no interesaba á su alma, impedia notar la profunda emoción que su mirada y su voz producian en la ardiente é impresionable naturaleza de su hermoso huesped.

—Y ahora, mi jóven Capitan, dijo Polanco, terminada que fue la cena, voy á permitirme instalarlo en su habitación. No tendrá U. queja del modo de hospedar que usamos los patriotas, pues que le cedo mi propio cuarto, con espléndida vista al campo...y la ventana sólidamente enrejada, contra una tentativa de robo, añadió socarronamente.

—Gracias. Padre.

—No es á mí sinó á ese energúmeno de Santiago que debe U. darlas. ¿Crearás UU. que aun encontraba incómodo ese alojamiento para su Cápitan, como él lo llama?

—¡Excelente muchacho!, murmuró el jóven.

Dios me perdone, Cápitan, pero creo que U. lo tiene hechizado. ¿Pues, no pretendía también acompañarlo en su misma habitación?; y como me encontrase inflexible á esta nueva exigencia, ha resuelto dormir al pié de la ventana como mastin, para velar el sueño del amo.

—Conozco la causa de la adhesión de Santiago por D. Hernando, dijo Padilla, ella hace honor al Capitan Castro.

El joven se estremeció vivamente al sentir que Juana lo miraba con interés.

Cuando los dos esposos quedaron solos, Juana no dirijió ninguna pregunta al caudillo. Carácter firme y paciente, esperaba con calma la espontánea confianza de su esposo.

—Escúchame, Juana, dijo Padilla tras largo rato de silenciosa meditacion: he resuelto aceptar la invitación de que ha sido portador D. Hernando. Mañana marchó á entrevistarme con Blanco; y para asegurar el secreto sobre este asunto solo me acompañarán Polanco y nuestro leal ayudante Severo.

—¿Marcharte?... Pues, en qué lugar resuelves ver á Blanco?

—En la finca de Mojotorillo que, como sabes, está á la mitad del camino á Alcalá.

—Y ¿por qué nó aquí mismo?

—Porque la presencia de Blanco haria sospechar mis intenciones.

—Al contrario: yo querría que el mundo entero se impusiese del modo con que un patriota desdeña las porporciones de un siervo.

—Tu ciego entusiasmo te hace olvidar la difícil situación en que nos encontramos. Ganar tiempo, cueste lo que cueste, se nos impone como una ley fatal, y ¿podemos hacerlo comprender así á los que nos permanecen fieles, á la masa ignorante de los nuestros, confiados y decididos hasta hoy, por que se consideran fuertes? Si tuviese la elección del medio, rechazaria con horror el que hoy se me presenta... pero no encuentro otro que el de presentarme á esas negociaciones para adormecer al enemigo y dar lugar á que obren los nuestros en el Villar.

—Pero, ¡desgraciado!, exclamó Juana dolorosamente, en ese peligroso juego arriesgas mil veces más que la vida... ¡arriesgas la honra! ¿Quién puede responder que el secreto guardado hoy lo será también mañana? Y entónces, la ciega y absoluta confianza que en ti tienen los pueblos, no se depositará ya en adelante en el hombre sospechoso de haberse contaminado con el oro español.

El caudillo se puso de pié con violencia.

—¡Juana!, murmuró con voz sorda: ¡no repitas eso!

—Pero ella, atrayéndolo hácia sí, le dijo dulcemente.

—¿Prefieres que sean otros que los míos los labios que te indiquen el peligro?

— Pero tú lo exageras, Juana. ¿Quién podría divulgar el secreto de mi entrevista?

¿Quién... Pues los mismos que ha creído á Padilla capaz de escuchar sus proposiciones, y que hallándolo tal cual es, encontrarán el cómodo y provechoso recurso de hacer saber el misterio de

la entrevista tanto más sospechosa cuanto, mayores precauciones se hubiesen tomado para guardarla secreta.

—Y bien, dijo friamente el caudillo; si mientras tanto consigo mi objeto y alcanzo probabilidades de triunfo para nuestra sagrada causa, ¿qué importa lograrla á costa de mi vida ó con el sacrificio de mi honra?

Juana contempló con respetuoso enternecimiento á su esposo

—Te comprendo y te admiro, murmuró. Yo iré contigo.

—No, querida mía, nó: tu puesto está aquí, á la cabeza de nuestras fuerzas para mantener la disciplina y sostener el entusiasmo de todos.

—Y cómo explicar tu ausencia?

—Todo está previsto. Polanco ha esparcido ya la noticia que vamos al encuentro de Ravelo y de Cueto para apresurar la llegada de los refuerzos que me traen, en previsión de que La Hera, con el grueso de su división, siga los pasos á la avanzada de Blanco, cuya proximidad es ya conocida por los nuestros. No te inquietes, pues: solo necesito tres, cuatro días quizá, para arrojar sin riesgo la máscara de que, por fuerza, tengo que revestirme.

—Pero, durante esos tres, cuatro días, ¿cómo asegurarnos de la discreción del enemigo?

—¡Ah!, exclamó Padilla, iluminado súbitamente por una idea: el medio está en nuestras manos. D. Hernando de Castro, el predilecto sobrino de La Hera, el niño mimado del ejército realista, quedando aquí, bajo tu inmediato vigilancia, me garantizará el absoluto silencio de Blanco.

—Sería una arbitrariedad de tu parte, puesto que tienes empeñada tu palabra...

—Sí; respondiendo de su vida y de su seguridad, y no faltaré á mi compromiso reteniéndolo cautivo, mientras dure mi entrevista y necesite seguridades de la lealtad del enemigo. Blanco no tendrá más remedio que aceptar mis condiciones. ¿Quedas satisfecha ahora?

Juana resignada, pero no convencida, escuchó en silencio el plan que siguió demostrándole el caudillo.

XIV

—¿Y bien?, le preguntó éste, cuando hubo terminado su explicación, advirtiendo su aire preocupado y sério.

Juana alzó la cabeza y fijando en él una mirada investigadora, casi dura.

—Escucha, le dijo. Conozco la elevación de tus sentimientos; mi fe es completa en la firmeza de tu carácter y de tus convicciones... pero sé también la astucia, la habilidad que distingue á los servidores del Rey. Si su contacto empañase tu honradez... si te desviase de la senda del deber, te juro que seré yo quién castigue tu infidencia á la causa de la patria.

Y aquella mujer, con el alma de un héroe y la belleza de una diosa, deslumbró al caudillo, como si fuera aquella la primera vez que la contemplara: y loco de amor y de entusiasmo, cayó á su piés, estrechándola entre sus brazos.

XV

"El Capitan D. Hernando de Castro, á su señor y respetado tío el General La Hera".

"Me encuentro sano y salvo en medio del enemigo y en el sitio más favorable para cumplir la misión que particularmente os habeis dignado encomendar á mi pequeño valimiento; pero si entónces la acepté por obediencia, ahora es cuando comprendo su importancia, y me penetra de la prudencia que os dictó el plan que debo llevar á cabo, y cuya realización cooperará, más que muchas victorias, á allanar los obstáculos que se oponen á la obediencia y sumisión de estos pueblos".

"Juzgo al cabecilla rebelde en buenas disposiciones para aceptar la entrevista que he venido á proponerle; pero como esta parte es del resorte del Comandante D. Pedro, dejo á su cuidado el de informaros al respecto".

"El Capitan D. Hernando de Castro á su Comandante y amigo el Capitan D. Pedro Blanco".

"Dice un proverbio muy usado en mi querida y bella España: *haz el bien y no mires á quién*. Imagina ahora mi satisfacción al comprobar la exactitud de ese axioma del pueblo! Conoces el servicio que tuve la suerte de prestar á Santiago, el guapo é inteligente cholo chuquisaqueño, chispeante de viveza, como todos sus paisanos, que cumplió con tanta exactitud tu comisión ante Padilla y que, como premio, solicitó servirme de introductor ante él; pues bien, no contento con hacerme dar un alojamiento cómodo, se ha constituido en mi cariñoso guardian; y lo tengo ahí, tendido al pié de mi ventana, dispuesto á acudir á mi primer aviso, y obtendré de él, no lo dudo, que la presente y la que te incluyo abierta para mi tío, lleguen con celeridad y confianza á tus manos. Ya ves si tengo razon de recordar el proverbio..."

"Te hablo de la comodidad del cuarto en que el maldito fraile, secretario del rebelde, me instaló hace poco. En verdad, aparte de la sólida reja de la ventana y del grueso cerrojo con que cuidó al salir, de asegurar por fuerza la puerta, nada pudiera hacer sospechar que estoy bueno y sencillamente preso. Y si ellos pudieran leer mis deseos!...¡si llegasen á imaginar que para el lleno de mi cargo necesito buscar y hallar el medio de quedarme encarcelado, en sus manos, pero al lado *ella!*..."

"Antes de continuar, quiero asegurarme de la buena voluntad de Santiago, y voy á insinuarle mi idea..."

"Vuelvo á tomar la pluma. No ha salido fallida mi esperanza. El excelente y agradecido mozo se encarga de llevarte la presente. He aquí la relación de lo ocurrido".

"Me aproximé muy quedo á la ventana y lo llamé en voz baja".

—¿Se ofrece algo, mi Capitan?, me preguntó, enderezándose vivamente".

—"Talvez... Pero, ante todo, quería agradecer tu comedimiento... ¿no temes que peligre mi seguridad"?

—"¿Por qué gentes nos toma U. á los patriótas? Me digo bajo la protección del Coronel y tan seguro como la santa custodia en su altar.

—"Creí que tu insistencia en estar á mi lado..."

—Es que sé de memoria sus costumbres, mi Capitan. Puede faltarle ya esta cosa, ya la otra. El vaso con agua azucarada que bebe U. á eso de la media noche, el cigarro que hay que envolver y alcanzárselo encendido á tal otra hora: alguien con quién charlar cuando tarda en venirle el sueño, y ya ve U. sí acerté ahora en ponérmela cerca".

—"¡Mi buen Santiago!... No sabes hasta qué punto voy á poner á prueba la buena voluntad que me tienes"

—"¡Hum!, hizo el mozo con desconfianza. Diga U. sin embargo, mi Capitan, y si no es cosa de que pueda seguirse perjuicio al Coronel ni á los compañeros..."

—"Tranquilízate: solo se trata de llevar un pliego para el Comandante Blanco á Alcalá".

—"¿Sin que contenga una sola palabra dañosa á los míos?"

—"Te lo juro".

—"Otra pregunta y U. perdone, como yo no se leer!... Tampoco dará U. informe ni aviso".

—¡Santiago!, le interrumpió, ofendido ¿me juzgas un villano capaz de obligarte á cometer una deslealtad"?

—"Basta, mi Capitan. Escriba U. y ántes de que se note mi ausencia, estaré ya de regreso aquí, al pié de la ventana".

—"¿No hallarás dificultades para alejarte del pueblo?"

—¡Si estamos casi en el campo me contestó riendo, y sobre el camino á Alcalá!"

—"Pero, si te encontraren en ese camino..."

—"Sabes que gozo de la confianza del Coronel, me interrumpió con orgullo, y que me permita la mayor independencia. ¿Qué hora tiene U., mi Capitan"?

—"Las nueve, le contesté, viendo la esfera de mi relój, á la sola luz de las estrellas rutilantes de este hermoso cielo".

—"Pues, hay que despacharse pronto. Yo voy á procurarme un rato de sueño mientras U. escribe".

"Y aquí me tienes rápidamente estas líneas para informarte que fui recibido con cortes reserva por el rebelde, con marcada desconfianza y mala voluntad por su endemoniado secretario y con la más tranquila y absoluta indiferencia por *ella*... ¡Oh! Dios te guarde de sentir su mirada abrumadora en fuerza de ser friamente serena, posada sin recelo, sin pretensión alguna sobre tu rostro. Mi amor propio de hombre, y de hombre acostumbrado á las buenas fortunas, ha sufrido su primera humillación... pero ¡aguarda! Que aun está léjos la derrota; y una vez rendida y avasallada, yo le haré sentirlo lo que hay de amargo y cruel en esa clase de heridas hechas al orgullo humano..." "Miserable de mí que apelo á indignos subterfugios para engañarme y engañarte! La amo, la amo con la fuerza del primer amor con la imperiosa exigencia de mi corazón de veintiocho años. ¡Y yo que lo creía usado en las fáciles conquistas de guarnición, en los superficiales compromisos de sociedad, lo siento estremecerse como nunca ahora, y en presencia de una mujer de hielo!... Pero, yo le comunicaré el fuego en que me abraso, por que yo necesito de esa mujer, no ya para secundar los planes políticos del General La Hera, sinó para obtener la parte de felicidad á que tengo derecho sobre la tierra", "Ignoro el resultado que tendrá mi misión ante Padilla; por mi parte, estoy resuelto á arrostrarlo todo par quedarme aquí... El deber me lo impuso... ahora el corazón me lo exige".

XVI

Santiago cumplió su promesa y estuvo de regreso al amanecer con la contestación de Blanco.

Cuando las doradas nubes del oriente anunciaron la presencia del astro del día, Padilla hizo preguntar á Hernando si podría ya recibirlo, y poco despues entró vestido de viaje al cuarto del jóven. Disculpóse de la hora matinal de su visita, y añadió.

—Marcho en este instante al encuentro del Capitan Blanco, habiendo cuidado de anticiparle el aviso de mi aceptación, deferente á las insinuaciones que U. me hizo.

—Espero que, á mi vez...articuló el jóven, sin darse cuenta de lo que decia, y sintiendo paralizársele el corazón.

—Dispense U., Capitan, U. lo ha dicho: *en la guerra como en la guerra*. Su permanencia aquí, la he juzgado necesaria, mientras terminen las negociaciones con el Comandante.

El movimiento de inmenso gozo que esta declaración arrancó á Hernando, fue interpretado por Padilla como una enérgica protesta.

—¡Oh!, se apresuró á añadir, cuestión de simple prudencia, Capitan. Por lo demas, y en prueba de mis buenas intenciones, dejo á U. por servidor á Santiago y por carcelero á mi esposa.

El jóven se inclinó vivamente en actitud resignada, pero en realidad porque temía que revelase su rostro lo que en aquel instante pasaba en su alma.

Todo salió como lo habia previsto el caudillo. El aparente motivo de su marcha, sagas y diestramente propalado por Polanco, satisfizo á todos y llenó de contento á la tropa, que veia en perspectiva alguno dias más de reposo, y al fin de ellos el esperado refuerzo del Villar para hacer enérgica diversión y rechazar talvez el probable ataque de La Hera.

Hernando, acompañado por Santiago durante el dia, esperó con indispensable ansiedad la hora de la tarde en que éste le anunció que sería llamado á tomar la cena en compañía de Juana. Ella lo recibió en efecto, en la habitación que conocemos, y tendiendo la mano al jóven con la tranquila cordialidad de un camarada, le indicó que tomara asiento en la mesa.

—Capitan, le dijo gravemente la obediencia que debo á la autoridad de mi esposo, me obliga á cumplir una medida que su prudencia ha creido necesaria; más yo procuraré hacérsela á U. menos ingrata, evitándole en adelante la presencia de la que ha quedado con el ingrato cargo de ser su carcelera.

—¡Oh!, exclamó estremecido Hernando ante tal amenaza, esa privación... ¡si U. comprendiese Señor!

—¿Lo que pasa por U. mi jóven Capitan? ...¿Ignoro acaso que en la feliz edad en que U. se halla, el verse lejos de la vista del objeto amado, se considera como la mayor desgracia de la vida?

Y al decir esto, contemplaba al joven con una sonrisa maternal.

Hernando oprimió con sus manos los desordenados latidos de su pecho, y ébrio de gozo, palpitante de esperanza, murmuró en voz baja y apasionada:

—Gracias, ¡oh! gracias, Señora por haber leído los sentimientos de mi alma...cuando mis labios no se atrevian á declarárselos.

—¡Niño!, dijo Juana dulcemente. ¿Halla U. que sea tan difícil suponer que el mal de que adolece sea el que ataca á corazones jóvenes como el suyo? Y su amor, no lo dudo, debe encontrar cumplida correspondencia. Tranquilizese U., Capitan; procuraremos retenerlo el tiempo posible y dueño en breve de su libertad...

—¿La libertad? Interrumpió Hernando con violencia, ¿de que me serviria en adelante?... Yo la rechazo, mil veces á trueque de conservar la situación en que me ha colocado la voluntad del esposo de U., Señora.

Juana lo miró con profunda extrañeza, y luego, sonriendo ante la sospecha que abrigara por un instante.

—No, no: eso es imposible, dijo. U. no ha podido hallar entre nosotros una de esas mujeres capaces de inflamar con una sola mirada, un corazón delicado y sensible como el suyo. No las ha aquí de ese temple repitió con tanta naturalidad, con tanta íntima convección, que Hernando, el hombre de las conquistas, el ídolo de las bellas, se encontró pequeño y ruin en presencia de tan grande y sincera ignorancia del propio mérito.

Sofocado el grito de pasión y de entusiasmo que entreabría sus labios dijo, sin conseguir dominar su trastorno.

—Si la palabra amor no cuadra á la idea que U. se ha servido formar de mis sentimientos, llámelos idolatría, culto ó admiración, Señora, pero admitiendo el dominio absoluto que ejercen sobre mí, y contra el que no puedo ni quiero luchar.

—La admiración, repuso Juana, solo puede inspirarla un objeto digno y elevado.

—Pues bien, exclamó el jóven, sin ser ya dueño de moderar su arrebato: ese objeto le he encontrado aquí... y á su presencia, mi alma se ha inundado de luz y he sentido circular por todo mi ser, nueva y vigorosa vida, ¡Oh!, no me rechace U., no me rechace U. Señora, porque entonces moriría.

Y, apoderándose sin resistencia de las manos de Juana, las estrechaba locamente contra su pecho, mientras ella murmuraba preocupada.

—¿Será posible semejante conquista?

XVII

Y Hernando, todo él entregado á su felicidad, le respondió en voz baja y tierna como una caricia.

—¡Si ella estuvo hecha desde el primer momento!

—No: dijo Juana con firmeza, retirando suavemente sus manos de las del jóven: la grandeza de la causa de la patria, no puede ser comprendida por un español... y por el sobrino del General La Hera, ménos que por ningun otro. Si por la admiración inflexiva que ella ha causado en su jóven é impresionable corazón, pretende U, hacerle el sacrificio de sus naturales y arraigadas opiniones, nosotros no lo aceptamos, Capitan. Disculpe U. esta inofensiva altivez, la única de que nos es permitido usar á nosotros, pobres y desdeñados patriotas.

Hernando sintió vacilar su razón y sus fuerzas ante aquella mujer, colocada tan arriba y tan fuera de las debilidades humanas, que su lenguaje era para ella ininteligible. Su desesperación fue tan real, tan profunda y notable su amargura, que Juana añadió suave vivamente, con la entonación suave y cariñosa que pudiera usar con una hija:

—Crea U., Capitan, que si se presenta la ocasión de encontrarnos frente á frente, como enemigos leales en el campo de batalla, la aprovecharé para demostrarle la simpatía y la estimación que U. me ha inspirado.

Y tendió su mano al jóven con una sonrisa de amable despedida, que descubría una dentadura envidiable.

Una vez en su habitación, Hernando se dejó caer sobre un asiento, sombrío y desesperado.

—¡Oh! y amarla tanto, murmuró sordamente ¡Comprender lo que ella vale y tener que renunciar á mi amor!... ¡Viva el cielo!, exclamó poniéndose de pié con violencia, que ántes que declararme

vencido lo tentaré todo... ni me arredraré el crimen, si él debe conducirla á mis brazos... Ahora entre nosotros dos, Señora, guerra sin tregua y sin cuartel.

XIX

Ninguna variación trajo á Hernando el tiempo transcurrido en los dias que siguieron al de su entrevista con Juana. Esta, por su parte, cumplió fielmente la promesa que le hiciera de evitarle con su presencia la vista poco grata de su carcelera; completamente ajená á la sospecha de la pasión que dominaba al jóven, y que la misma privación de la vista de la esposa de Padilla, enardecia hasta el paroxismo.

La silenciosa sombría inmovilidad de Hernando, empezó á inquietar al leal Santiago, que hasta se permitió, en el secreto de su conciencia, juzgar con alguna dureza al Coronel, por la medida tomada contra la libertad del jóven.

En la tarde del tercer dia el excelente muchacho con aire gozoso y apresurado al cuarto de Hernando.

—Albricias, mi Capitan, exclamó desde la puerta: no tardará U en verse libre.

—¡Libre!, dijo el jóven, incorporándose vivamente. ¿Ha llegado el Coronel?

—No, pero se han recibido noticias del Villar.

—¿Y qué ? hizo Hernando desalentado.

—Pero, U. me ha dicho que le prometió el Coronel libertarlo á su regreso.

—Sin duda.

—Pues bien: acaba de saberse la próxima llegada de los Capitanes Ravelo y Cuero, y como el Coronel fue al Villar á su encuentro...

—Padilla en el Villar?, interrumpió sorprendido.

—¿Y donde diablos lo suponía U., mi Capitan? Desde la víspera de su marcha, no lo hizo saber á sus soldados, para que no nos rompiésemos la cabeza en conjeturas sobre su ausencia?

Un relámpago cruel brilló en las pupilas de Hernando.

—¡Bah!, hizo con afectada indiferencia. Padilla es el Jefe, y puede obrar á su capricho sin que UU. tengan el derecho de investigar su conducta.

Santiago se rascó la frente con visible embarazo.

—No digo que nó, mi Capitan, si se tratase de un ejército disciplinado, dijo, pero U. no conoce el espíritu de independencia de nuestros montoneros.

—¡Cómo! repuso el jóven con finjido asombro; ¿por qué el Jefe dejase de dar explicaciones sobre un viaje por ejemplo, se permitirían UU. alimenta una sospecha?

—¿Sospechar del Coronel? Exclamó Santiago escandalizado.

—Hablo en el caso, imposible por cierto, de que se descubriese que Padilla, por razones difíciles de explicar á todos, en vez de estar en el Villar como lo anunció á UU. se encontrase en Alcalá, en Compañía del Comandante Blanco.

Santiago hizo, indignado, un enérgico ademán de protesta, que Hernando no le permitió formular, añadiendo en seguida:

Te he advertido que cito ese caso solo como un ejemplo. Y bien? Qué harían UU. si tal engaño sufriesen de uno de sus Jefes?

—¡Si todavía citase U. á otro que el Coronel!... ¿Y me pregunta lo que haríamos con el traidor? Aplastarlo como á un animal inmundado.

—¡Eureka! ,exclamó Hernando con tan cruel expresión de triunfo en la mirada, que Santiago retrocedió instintivamente.

Notando el efecto producido, se apresuró á añadir con acento grave y aprobador.

—Esa es, en efecto, la suerte que se reserva entre los hombres de corazón llámase realista ó patriotas, al miserable traidor á su causa... ¿Decías que el Coronel había enviado noticias tuyas?

—El mismo Coronel, no mi Capitán, pero viene á la cuenta, desde que debe haberse reunido con fuerzas que traen Cueto y Ravelo.

—En efecto.

—Así pues, ¡ánimo, mi Capitán! Uno ó dos días más de esta vida, echa U. á volar, libre como un pájaro, por esos mundos de Dios.

—No será sin sentimiento por mi parte, mi buen Santiago, por que me veré privado de tu compañía.

—¿Y yo? Murmuró conmovido el excelente mozo.

—En fin: no siempre quiere Dios que todo salga á nuestro paladar.

Y para consolarse de esta idea, empezó á poner orden en los objetos que lo necesitaban, acabando por encender la vela que estaba sobre una mesa. Hernando le seguía con la vista, preocupado por un pensamiento que vacilaba en formular. Haciendo por último un esfuerzo, preguntó con voz que en vano procuraba hacer indiferente.

—¿Tampoco veré hoy á Doña Juana?

La Señora no me ha dicho nada al respecto.

—¿Se ha olvidado, pues, completamente de su prisionero?

—No, mi Capitán, todo lo contrario: cada día me encarga que cuide de que nada falte para su comodidad.

—Una amarga sonrisa contrajo los labios del joven.

—¿Olvidaste decirle que deseo presentarle mis respetos?

—Se lo hice presente. Di al Capitán, me contestó, que agradezco su cortesía, pero que, como sabe, tengo resuelto evitarle el desagradado que indudablemente le causaría mi presencia.

—¡Ah! exclamó Hernando cuando quedó solo, dando libre rienda á los amargos y tumultuosos sentimientos que estallaban en su corazón y enardecían su cabeza, ¡ella no quiere verme!... ¡ella

rehusa darme hasta el triste consuelo de sentir la indiferencia de su mirada, de contemplar su serena frente de mármol!... ¡Tanto mejor!... quizá su presencia hubiera hecho vacilar mi resolución. Lancemos ahora sin escrúpulos el dardo de mi venganza. ¡Ah! Señora! Caigan sin remedio sobre ti las consecuencias del acto á que me arrastra tu desdeñosa ceguera, ante esta pasión que me consume... El medio providencial que se presenta para el logro de mis deseos, me asegura la victoria.

Y sentándose resueltamente, se puso á escribir con mano rápida y nerviosa.

XX

Hernando no pudo conciliar con el sueño, in instante de reposo á su ansiedad febril, y antes de que la luz de la aurora empezare á alegrar y revivir la naturaleza, abrió la ventana, dejando azotar su ardorosa frente por el fresco y fuerte viento de aquella indecisa hora del crepúsculo. Su nombre, pronunciaba en voz muy baja, le causó una conmoción inexplicable.

—¿Quién me llama? Preguntó, inclinándose sobre la reja.

—Gracias á Dios, que no he tenido que golpear para despertarlo, repuso un hombre, desde el pié de la ventana. Reciba U. sin demora este pliego, mi Capitán, que se lo envía el Comandante.

—¡Isidro!, murmuró el jóven con asombro, ¿Tú aquí?

—Sí, mi Capitán: rondando por tercera vez la casa para adquirir noticias de U. y estar seguro de la habitación que le sirve de cárcel.

—¡Y correr el peligro de ser tomado por los rebeldes!

—Nene, mi Capitán: no en mis días. ¡Si tendrá confianza en mi habilidad y en mis recursos su noble tío el General, para haberme nombrado el vaqueano de la expedición, comandada por el Capitán Blanco!

—Pero venir con esa repetición desde Alcalá...

—Diga U. desde medio camino, por que la reunión del Comandante con el insurgente ha tenido lugar en Mojotorillo. ¿Lo ignoraba U., mi Capitán?

—Completamente.

Y como el jóven se dispusiese á abrir la carta que estrujaba en sus manos, le dijo Isidro.

—No espera contestación ese pliego, mi Capitán.

—Vete con Dios, en tal caso, antes de que la luz del día que empieza á aclarar el horizonte, aumente los peligros que te cercan.

—¡Bah! Dijo Isidro con indiferencia: más de una vez ha salido de otros peores. Hasta la vista, pues, mi Capitán: no tardará U. en verse libre.

Cuando el mensajero se perdió en las primeras brumas del amanecer, sacó Hernando del bolsillo varios pedazos de papel, que lanzó fuera con nerviosa rapidez. Mientras eran arrebatados por el viento y esparcidos á distancia, el jóven leía lo siguiente, á la luz de la vela que la oscuridad le obligó á alumbrar de nuevo:

"Don Pedro á D. Hernando."

"Infórmate de la carta que te envié, que la incansable vigilancia de Isidro sorprendió en poder del Ayudante del rebelde, consiguiendo con su astucia apoderarse de ella y del mensajero, que queda á buen recaudo. Verás el juego que el maldito insurgente jugaba con nosotros. Vive el cielo!... Pero él ignora que soy dueño de su secreto, y quién ríe el último... Y tendré que permitir que se vaya tranquilo, ahora que la prueba escrita de su falsía, me revela de todo compromiso, y yo pudiera tentar!... Pero, tu cabeza está en juego; y mi golpe, haciendo peligrar tu vida, sin obtener quizá la aprobación del General... ¡Oh!, es cosa de volverse loco!"

"Aprovecha, pues, sin pérdida de un segundo de la libertad que te será devuelta en breve... Juntos ya, y en comunicación con el General, que espera en Tarabuco el resultado de estas funestas negociaciones, buscaremos el medio rápido y seguro de venganza. En todo caso yo le prometo al maldito rebelde, que no perderá nada con la espera."

La carta del caudillo, decía así: "D. Manuel Asencio Padilla á su muy amada esposa Doña Juana Asurduy: Salud."

"Bien me vino la escapada que pudo hacer D. Mariano para traerme juntamente noticias vuestras, de que me tenía privado la prudencia que me imponen las circunstancias, pues con él habeis tenido el más seguro medio de darme los avisos llegados en buena hora de nuestros fieles Capitanes Ravelo y Cueto. Dios no abandona la causa de la patria, puesto que se sirven realizar mis débiles previsiones humanas. Hemos ganado el tiempo de que tanto necesitábamos, sin más que entretener con mentidas promesas al enemigo."

"Acabo de notificar al Comandante. Pedro Blanco que, para terminar satisfactoriamente nuestros empeños, debo ponerlos sin demora en vuestro conocimiento, partiendo de aquí al amanecer de mañana D. Pedro ha comprendido la razón de mi demanda, y ha venido en ello; con la única condición de guardar consigo á D. Mariano, bajo su fe juramentada de militar y de caballero, de dejarlo ir libre así que le sea devuelto D. Hernando. Mi conducta le dá derecho para usar de esas represalias: ¡paciencia! que ya nuestra situación va á permitirme echar á un lado la detestada careta de la falsía y combatir de frente al enemigo."

"Os anticipo ésta para no tomaros de sorpresa. Mi leal Severo, que la conduce, cuidará del secreto de mi entrevista, pues, si ello se hiciere necesario, me toca, si ello se hiciese necesario, me toca solo á mí dar la explicación hidalga y completa de mi conducta ante los nuestros."

Y más debajo de los gruesos é imperfectos caracteres trazados por la mano de Padilla, continuaba el siguiente *post scriptum* de una escritura menuda y neta.

"A la ilustre Da. Juana, de parte de su muy humilde Capellán."

"Difícil tarea ha sido convencer á D. Manuel de la necesidad de someterse á la exigencia del Comandante chapetón: pero ha triunfado mi dialéctica y me hallo constituido en rehenes. ¡Válgame Dios! ¡cómo se encaprichan los hombres por cosas baladís, y qué poco se necesita para echar por tierra un edificio construido á costa de tanta astucia y paciencia!"

"Servíos, noble Señora, apresurar el libre despacho á ésta de mi simpático enemigo D. Hernando, cuyo temerario arrojó lo estoy pagando yo, sin haberlo comido. Y estas palabras me traen el agua á la boca, recordando ciertos platos que su señoría se excede en aderezar para el paladar su de su ilustre esposo, y de los que solemos participar, el bueno de D. José, sin apercibirse de su mérito, y paladeándolos con beatitud, este vuestro humilde Capellán."

Hernando plegó los dos pliegos, guardándolos cuidadosamente en su cartera.

—Blanco quedará vengado mejor y antes de los que él se imagina, murmuró, entregándose de nuevo á su habitual y amarga preocupación.

El ruido del cerrojo de la puerta, descorrían precipitadamente, lo arrancó de aquel letargo.

En marcha, mi Capitán, en marcha, exclamó Santiago entrando alegre y presuroso. Su caballo lo espera y el mio y también, porque tengo orden del Coronel de dejarlo sano y salvo al lado del Comandante Blanco.

—¡Ah! dijo Hernando con indiferencia, ¿ya está aquí el Coronel con las fuerzas del Villar?

—Ha llegado solo, y las Señora ha parecido sorprenderse, pués, sin duda, no lo esperaba tan temprano.

Presumo que ha tomado la delantera á nuestras tropas. Me llamó en el acto de desmontar. Ve á despertar inmediatamente al Capitán Castro, me dijo, con la buena nueva de su libertad: tú te encargas de conducirlo hasta el lugar donde lo espera el Comandante Blanco. Preséntale mis respetos, á causa de la hora y de la prisa, no se los ofrezco personalmente.

—¡Y no hay rumor ninguno en el pueblo!, pensó Hernando, sin prestar oídos á lo que le decía Santiago.

Sorprendido éste del silencio y de la inmovilidad del jóven, exclamó impaciente:

—Extraño cautivo hace U., mi Capitan. Se le abre la prisión y no se apresura a tomar el vuelo.

—Marchemos, pues, contestó bruscamente Hernando; y al traspasar los umbrales de la puerta, añadió para sí con concentrado despecho. No tardará en fructificar mi obra, y volveré en breve á demandar la reparación de mi orgullo lastimado y de mi felicidad perdida.

XXI

La noticia del arribo de Padilla llegó hasta la casa que ocupaba D. José, al extremo opuesto de la que servía de alojamiento al caudillo, no retardando un instante, el leal patriota, el darse la satisfacción de ir á saludar á su amigo.

Con grande extrañeza suya y una punta de inquietud, notó en las calles formados diversos grupos de paisanos y de soldados que gesticulaban con calor, y que, á su vista, guardaban un silencio desconfiado y hostil.

No era D. José hombre que practicase la virtud de la paciencia, y así, perdiendo la poca que recibiera del cielo, acabó por interpelar en estos términos al grupo que tenia cerca:

—¿Qué significan estas reuniones y estos misterios? ¿Tenemos encima al enemigo?

Los interrogados se miraron entre sí con vacilación.

—Y bien, exclamó resueltamente el más audaz, U. es amigo del traidor... tanto peor para U. D. José.

—¿Del traidor?... Pero, ¿de quién se trata, con mil de a caballo?

El orador del grupo le alcanzó un pedazo de papel.

—Sépallo, pues, le dijo brutalmente, si es que U. ya no conocía el enjuague su principio.

Don José se caló las gafas, no sin que su impaciencia dificultase en aquella circunstancia, esa operación habitual, y leyó para sí.

¡Soldado y paisanos!: vivis engañados por vuestro Jefe, y pronto sereis víctimas de su traición, Padilla mintió villanamente; Padilla nunca pensó en ir al Villar: Padilla ha pasado su tiempo con el Capitán Blanco, escuchando sus proposiciones é imaginando el mejor medio de entregaros indefensos á los servidores del Rey. Vigilad con cautela el camino que conduce á Alcalá, y no tardareis en ver regresar al traidor, resuelto á realizar su felonía contra vosotros!"

D. José estrujó convulsivamente aquellas terribles líneas.

—¡Infamia, infamia!, gritó indignado. ¡Y UU. se entretienen, como unos miserables, con tan negra calumnia!

—¡Cuidado en arriesgar las orejas en el juego, D. José!, dijo una voz amenazadora.

—¿Calumnia, eh?, rujó otra. Cuéntemelo a mí, y á Juan Encinas y á Ruperto Paredes, que fuimos los primeros en recoger el aviso y, sin tomar aliento, corrimos de un tirón por el camino de Alcalá...

—Y nos convencimos de que el papel no mentía...

—¿Cómo podía mentir si nos llovió del cielo?

—¡Muera el traidor Padilla!

—Silencio!, impuso con autoridad el que hacía de jefe de aquel grupo, considerablemente engrosado por nuevos actores. No espantemos al tigre en su guarida.

Estas palabras hicieron pensar á D. José que, lo más urgente era dar aviso al caudillo del peligro que lo amenazaba, y del que, la relativa distancia en que vivía del centro del pueblo, lo tenía quizá ignorante. Aprovechando de la creciente agitación de los amotinados. Manióbró con prudente circunspección para hacerles olvidar su presencia y deslizarse por entre la multitud.

Mientras esto acontecía, ya hemos visto que el primer cuidado de Padilla, fue dar libertad á su prisionero, apresurando de este modo, el regreso de su leal y activo secretario. Satisfecho este deber, se reunió con su esposa, á quien pareció haber sorprendido su llegada.

—Se marchó ya el Capitán, le dijo.

—Tanto mejor. Pero. ¿dónde ha quedado el Padre?

—Pues, no te lo avisa en mi carta?

—¿Tu carta?

—La que te trajo Severo anoche.

—Severo no ha venido.

El caudillo dio vivamente un paso hácia su esposa.

—¿Qué dices? Exclamó. Pero entonces... ¿Traicionarme Severo?...¡Oh! no: tanto valdria acusarme á mi mismo.

Juana plegó ligeramente el arco perfecto de sus cejas, únicos signo que en élla revelaba su inquietud.

—Si importaban algo las nuevas que tenía que comunicarme, dijo á su esposo, ¿por qué no valerte nuevamente de Polanco?

—¿De ...Polanco?... ¡Ah! es verdad que ignoras que me ví obligado á dejarlo en manos de Blanco, como garantía de la libertad del Capitán, puesto que mi carta...

É interrumpiéndose de pronto, prosiguió con su tranquilo y breve acento:

—¿Qué nos importa esa carta, después de todo? Si por una ú otra causa, ha llegado á conocerla el enemigo, ello no me significa nada, por que ya estoy á salvo entre los míos; y esta tarde, mañana á más tardar, con los refuerzos anunciados por Cueto, tomaremos la actividad que nos conviene.

—D. Manuel, gritó D. José, precipitándose jadeante en la habitación. Huya... sálvese U., por Dios y por todos sus santos!

—¡El enemigo! Exclamó Padilla, echando mano á sus pistolas.

—¡Al fin! Murmuró Juana, presentándole la espada.

—Pero, ¿de qué enemigos creen Ustedes que yo hablo? Repuso vivamente D. José. Son los nuestros los que se amotinan... ¡los nuestros que lo creen á U. capaz de la negra infamia estampada aquí!

Y extendió el estrujado papel á la vista de los dos esposos. Juana, al recorrerlo, ocultó el rostro entre sus manos, mientras Padilla intensamente pálido, llevaba maquinalmente las suyas para oprimirse el pecho.

—Pero, muévase U., Coronel, exclamó D. José, sacudiéndolo con violencia. He conseguido tomarles la delantera... el interior de la casa dá al campo, y por allí les escaparemos. Síganme U. ¡por la Virgen!

—Vete, apoyó Juana. Solo se trata de ganar el primer momento, en que el furor de las multitudes es irreflexivo... Yo me encargo de aplacarlo, descubriendo toda la verdad.

—No: dijo resueltamente el caudillo, arrojando lejos de sí sus armas; el que huye se confiesa culpable. A mí me toca hablar á esos hombres.

—Dudarán de tu palabra, replicó dolorosamente Juana.

—Peor que eso, exclamó D. José: van á despedazarlo sin darle tiempo para pronunciarla.

—¡Sea! Contestó el caudillo: el sacrificio está aceptado.

Ya los tenemos ahí, murmuró paralizado el leal amigo de Padilla: la salvación es imposible:

XII

Los gritos de la turba desenfrenada, resonaban amenazadores en la puerta de calle de la casa.

—A lo menos, exclamó D. José, no se entregará U., Coronel, sin resistencia.

Una amargar sonrisa del caudillo, contestó expresivamente al desatentado consejo de su amigo.

—¡Entran! Murmuró éste, estremeciéndose. Se atreverán á todo... una vez que se apoderen de U.

—¡No! dijo Juana, pálida pero resuelta: no seran ellos quienes se apoderen de su Jefe á viva fuerza, seré yo quién voluntariamente lo ponga en sus manos. [Suceso referido por el mismo D. José Barrero á un respetable personaje de nuestra sociedad, de cuyos labios hemos tenido la suerte de escucharlo.]

Y antes de que el asombro le permitiese á D. José abrir los labios, tomó el papel colocados sobre la mesa, y volviéndose a Padilla.

—Perdóname, murmuró á su oído, con indecible ternura: no tengo tiempo para elegir otro medio.

Con paso firme y deliberado, avanzó al encuentro de la turba que, por un resto del invencible prestigio que sobre élla ejerciera el caudillo, había enmudecido al invadir el patio de su alojamiento.

—Bien venidos seáis mis leales y bravos compañeros, dijo adquiriendo su voz el sonoro y metálico timbre que los electrizaba en el combate. Yo como vosotros, conozco la acusación que contienen estas líneas, y más que vosotros quiero y debo esclarecerla. Soy la esposa del acusado... pero antes que eso están mis deberes de Jefe. En virtud de mi autoridad y en cumplimiento de mi deber, voy á entregaros al sindicato, haciéndoos guardianes y responsable de su seguridad y de su vida, hasta tanto que el juicio militar, que se organizará inmediatamente, le pruebe su crimen y ordene su castigo.

Y haciéndose atrás, descubrió á Padilla, sereno é impassible, de pié, á sus espaldas.

—Vedlo aquí, añadió, colocando su mano sobre el hombro del caudillo.

El silencio del estupor siguió á las palabras y á la acción de Juana; y más de uno de aquellos hombres endurecidos por la guerra ó la miseria, volvió el rostro para ocultar la emoción que la ganaba.

—No, no, gritó de pronto una voz rabiosa: nada de demoras, nada juicios. Lo que se pretende con esas pamplinas es enfriar nuestra justicia...la verdadera justicia: la del pueblo. ¡Muera el traidor sobre la marcha!

Juana, colocada en el dintel de la puerta y dominando con su esbelta estatura las cabezas de aquella multitud, paseó su mirada investigadora sobre ella, distinguiendo sin tardanza al hombre que así acababa de expresarse.

—Juan Encinas, le dijo, con grave y reposado acento: me obligas á recordar que empeñado el combate, me llegó tu voz demandando al enemigo un solo instante de misericordia para salvar tu alma por medio de la absolución del sacerdote; y volé á tu lado, y corrió mi sangre, como ha corrido tantas veces, mezclada con la de los valientes que me escuchan... ¡y tú vives!

Una conmoción eléctrica recorrió la multitud, y los hombres que estaban cerca del interpelado, retrocedió vívamente, dejándolo aislado y con la mirada fija en tierra; mientras Juana añadía con nerviosa vehemencia.

—Pertenece á los hombres castigar el cuerpo...solo á un Ministro de Dios salvar el alma. Si entre vosotros se halla uno solo que ose cargar con la responsabilidad de enviar una alma culpable ante la presencia del Eterno... avance y acabe de una vez con la indefensa vida del acusado.

El golpe era diestro y certero. Aquella turba fanática, pronta momentos antes á despedazar al hombre, rechazó horrorizada, la responsabilidad de la eterna condenación de su alma.

Juana esperó una respuesta que nadie se atrevió formular. Volviéndose entonces á Padilla, testigo impassible de aquella escena, en que se jugaba su cabeza.

—¡Marcha! Le dijo en alta voz y con entereza estoica. Te resta mi cariño, pero mi estimación solo te será devuelta en el instante en que pruebes tu inocencia.

Rodeado por un grupo respetuoso y seguido por la multitud grave y recogida, salió el caudillo acompañado por una larga mirada de su esposa.

—Señora, dijo á sus espaldas D. José, con voz que la indignación hacía sorda: debe haber quedado U. satisfecha de su obra... Conserva U. todo su prestigio y á nadie se le ha ocurrido poner en duda su autoridad.

Juana abrió vivamente los labios para replicar; más, sucumbiendo á un abatimiento inmerso.

—No, murmuró: ¡no ha comprendido nada!

Y con una de esas reacciones rápidas de su valiente naturaleza, tomó del brazo á D. José y le dijo:

—Júzgueme U. por el momento como quiera... lo que ah ora urge es que siga U. á mi esposo... que no pierda de vista la prisión en que van á encerrarlo... y si nos faltasen los refuerzos de Cueto para obrar no puede faltarnos la protección de Dios a favor de la víctima de su amor y de su abnegación por la patria.

XXIII

La distancia del pueblo á Mojotorillo, modesta propiedad de los alrededores de La Laguna, la salió Hernando en menos de una hora, sin que la alegre locuacidad de Santiago consiguiese arrancarlo de su silenciosa preocupación.

No fue pequeña la sorpresa del excelente mozo al encontrar á Blanco en aquel sitio; y la del joven Comandante, al notar en el hermoso rostro de su amigo, las huellas de las violentas pasiones que lo agitaban.

Cumplida su misión, pidió Santiágo la vénia de los jóvenes para marcharse, pero Hernando lo retuvo con un ademán y alejándose algunos pasos.

—Y bien, preguntó á Blanco, ¿dónde está el Padre?

—¿Dónde? Contestó éste con despecho. Lo retengo en mi poder: él me las pagará todas juntas.

—¡Padre! Exclamó Hernando con acento de reproche: no es sério eso que me dices.

—¡Y tanto!... ¡Oh! pierde cuidado, su vida está segura.

—Y de su libertad ha respondido tu promesa.

—¡Con mil demonios! ¿pretendes acaso que me deshaga estúpidamente de tan preciada prenda, la única que nos garantizará de una nueva traición por parte del rebelde?

—Imitarlo en su felonía no cuadra á nosotros, los servidores y soldados del Rey.

—La caballerosidad se entiende entre iguales, Hernando.

—No, amigo mio: ella obliga á la conciencia para la propia satisfacción. Por lo demás, te prometo que los sucesos que dejo preparados en La Laguna, nos darán cumplida cuenta de Padilla y de sus secuaces. Sírvete ordenar la soltura del Padre. He detenido á Santiago para que lo acompañe.

Blanco se encogió de hombros, dirigiendo á su amigo una mirada de reconvención; pero dio la orden exigida, no tardando en presentarse Polanco, á la grande estupefacción de Santiago; y poco después traía Isidro por la brida el caballo del Secretario. D. Mariano lo ocupó con la ligereza y maestría de un consumado jinete, y haciendo una leve inclinación de cabeza á los dos jóvenes, que permanecían de pié en la puerta, les lanzó un: Hasta la vista, tan irónico, tan amenazador, que Blanco exclamó, montado en cólera:

—¡Por Cristo! Creo que ese fraile se atreve á provocarnos.

Hernando sonrió desdeñosamente.

—Déjalo que vaya á donde lo conduce su mala estrella, le dijo, y ocupémonos sin más demora en prepararnos para sacar todo el provecho posible de los sucesos que en estos mismos instantes, deben estarse desarrollando en el pueblo.

—¿Te explicarás por fin?

—Después, cuando háyamos despachado lo más urgente...

—Que, á mi juicio, es tomar el portante á Alcalá.

—No, todo lo contrario. Es desde aquí mismo, lo más cerca posible de La Laguna, que debemos obrar. ¿Me permites disponer de Isidro?

—Haz de cuenta que tú eres el Comandante, pues yo me vería diablamente embargado en dar un solo paso en las tinieblas en que me dejas.

Hernando consultó su reló.

—Son nada más que las nueve de la mañana, dijo satisfecho. Despacharé en el acto á Isidro al pueblo con mis instrucciones... Pero, supongo que te sea posible disponer de otro hombre de confianza para enviarlo á Alcalá.

—¡Ya lo creo! Tengo á mi ayudante.

—Y bien: qué tiempo calculas tú necesario para que las fuerzas reciban la orden de reunírseos aquí, tenerlas ya á nuestra disposición?

—Cinco á seis horas á lo sumo.

—¿Es decir, hoy de tres á cuatro de la tarde?

—No lo dude. Nuestros soldados, en esta guerra al menudeo, como la llama tu tío, saben perfectamente lo que arriesgan si no están siempre preparados para todo evento.

—Y yo te aseguro que el resultado que vamos á lograr á muy poca costa sobre el rebelde y sus montoneros, sobrepasará en mucho á cuanto pudo haber imaginado mi tío, premiado generosamente todos nuestros desvelos y fatigas. Mientras dictas á tu ayudante la orden para nuestras fuerzas, despacharé á Isidro con mis instrucciones, reducidas á informarse de lo que pasa en el pueblo... Y ¡Vive Dios! que, á su regreso, las nuevas de que sea portador, satisfarán nuestras más exigentes aspiraciones.

XXIV

Dejemos á los jóvenes Capitanes ocupados arduamente en sus preparativos y sigamos á Polanco que, en compañía de Santiago, se alejaba sin darse gran prisa de aquellos sitios.

Como no se cuidase. D. Mariano de notar la inquieta curiosidad con que era interrogado por las miradas de su compañero, éste acabó por expresarle su profundo asombro tanto por la proximidad de Blanco al pueblo, cuanto, y esto era lo más inexplicable, por haberlo encontrado á él, á su Reverencia, con el Capitán chapetón y, al parecer, prisionero suyo, cuando todos lo creían en marcha con los refuerzos del Villar, esperados de un momento á otro en La Laguna.

La relación de Santiago hizo comprender á D. Mariano que el secreto de la entrevista en Mojotorillo, había permanecido perfectamente guardado.

—Todo nos sale hasta este momento á pedir de boca, pedir de boca, pensó para sí, pero esto lejos de tranquilizarme, me da miedo, pues, no es Blanco hombre que se duerme sobre las pajas habiendo descubierto nuestro juego por medio de la bendita carta... Ello lo ha dejado ignorar al Coronel, par quedarse con esa terrible arma y esgrimirla á su tiempo... Mil y mil veces loado sea Dios por la acertada inspiración que tuvo el Coronel de asegurarse de la bella y sagrada persona del mimado sobrino de la Hera, pues, si esa prenda no hubiese quedado en nuestras manos...

Interrumpiendo en este punto sus reflexiones, contestó jovialmente á su compañero:

—Pues, óyeme con atención, y sírvate de ejemplo y de escarmiento lo acontecido. Una pequeña desobediencia á las órdenes del Coronel, desvió á su ayudante del camino recto y lo condujo á caer en manos de Blanco que, como ves, aprovechando de la ausencia de D. Manuel, se atreve á rondar los alrededores del pueblo.

—¡Oh! si el Coronel al partir no nos hubiese prohibido intentar excursiones!, interrumpió colérico Santiago.

—Pero, no hay mal que por bien no venga, hijo mío, como te lo probaré lo que sigue. La ausencia de Severo, que felizmente, no la notó todavía D. Manuel, empezó á tenerme inquieto; y como mi maldito genio no puede avenirse con la incertidumbre, me largué á la pista del ayudante sin decir al Coronel: esta boca es mia.

—¿Y cayó su Reverencia en las garras del *tabla*?

—Justo y cabal, afirmó imperturbable D. Mariano. Y aquí empieza y acaba de demostrarse cómo la divina Providencia se complace en sacar renglón derecho con pauta torcida, hacer que resulte una felicidad lo que el miserable juicio del hombre toma por una desgracia. ¿Sabes con quién me encontré en el cuarto que se me destinó por cárcel?

—¿Con D. Severo?, exclamó Santiago.

—En carne y hueso, amigo mio. Y como los constructores del susodicho cuarto no sospecharon jamás el honroso uso á que, con el tiempo, lo destinarían los chapetones, resultó que le habían dejado paso al aire por una alta y estrecha claraboya, por la que, gracias á mi ayuda y á las enjutas carnes del ayudante, puso éste los piés en polvorosa.

—¡Abandonando á su Reverencia en el peligro!, objetó Santiago indignado.

—Calma hijo mio, calma: ¡así no hizo más que obedecerme! Y... ¡vaya si la comisión que le dí era para mí importante! Por lo demás, yo quedaba atado de piés y manos por la palabra de honor que empeñé á Blanco y era indispensable que, como prisionero de cuantía, tranquilizase á los que me vigilaban, haciendo de modo que la evasión de Severo fuese ignorada el mayor tiempo posible: y, á ese respecto, te respondo que he obrado con tal maestría, que ahora estarán viendo visiones ante la jaula viuda de sus dos prisioneros.

—Suerte ha sido la de su Reverencia en escapar de las manos de Blanco; aunque estoy para mí que sin la llegada de mi Capitán... Sí, sí: ahora no me queda duda... Cuando habló con el Comandante, oí que D. Hernando nombró á su Reverencia, y, bien que D. Pedro parecía resistir...

—Puede ser muy bien lo que tú crees, interrumpió Polanco. ¡ Es un buen sujeto ese D. Hernando y nos ha restado un rudo servicio!

Interesado en la relación de Polanco, en la que solo lo tocante á su encuentro con Severo preso, y al modo como procuró su evasión, era rigurosamente exacto, Santiago no había echado de ver que hacía rato marchaban á buen paso por una senda de travesía.

—Padre, exclamó sobresaltado: retrocedemos. Hemos dejado el camino que conduce al pueblo.

D. Mariano sin detenerse, replicó con su habitual y burlona jovialidad.

—¿Sabes tú, muchacho, si lo que te parece error no se malicia de mi parte? Sábetete que si abrí las puertas del campo al mal avisado Severo, fue para que emplease mejor su tiempo, reuniendo algunos de los nuestros por estos andurriales, pronto á arrancarme por la fuerza y á una hora dada, de las manos de Blanco, si éste, de buen grado, no me devolvía la libertad. Conocemos las peripecias de la guerra, hijo mio, y sabemos prevenir sus contingencias.

—Pero, mi padre...

—No hay pero que valga. Sé el lugar en que deben reunirse los amigos y voy á tranquilizarlos, y á darles las gracias por su buena voluntad.

—¿Y si hasta ahora ha extrañado el Coronel á su Reverencia?, repuso Santiago inquieto, ¡cuán afligido lo tendrá su demora!... Si U. me lo permitiese, ya volaría llevándole noticias suyas.

Pero Polanco, á quién no se le ocultaba la zozobra que su tardanza ocasionaría al caudillo, pensó que valía más tenerlo con ella pocas horas más, que desprenderse de Santiago, dueño ya de una parte del secreto, que el mismo Padilla parecía querer guardar á todo trance. Volviéndose á Santiago, le contestó resueltamente.

—Marchemos al encuentro de mis hombres; y ya que los he obligado á reunirse armados, reclamaré que me hagan los honores hasta el pueblo, donde estoy cierto de que tendrán el gusto de ser recibidos y felicitados por el mismo Coronel: y ya ves tú si es de desdeñar tal premio.

XXV

El rápido desarrollo de los sucesos de este memorable día, nos conduce de nuevo á La Laguna y á la presencia de Juana, presa de indescriptible angustia, viendo pasar las horas sin una noticia de la aproximación de Cueto, sin saber nada de la suerte reservada al activo y leal Santiago.

Para alejar toda sospecha sobre la valiente actitud que asumiera ante los amotinados y mantener con mano firme su autoridad, formó el consejo verbal que debía juzgar al caudillo, de entre los militares indicados. Padilla rehusó serena y firmemente aducir razón alguna para su defensa, no se le creería, pasando la verdad, ante aquellos espíritus mezquinos y apasionados, como un humillante recurso para salvar su vida. ¡Si, á o menos, pudiese apoyar su aseveración con una prueba... aquella carta, por ejemplo, que una inexplicable fatalidad hizo que no llegase á manos de su esposa!...

Y élla, mientras tanto esperaba el seguro y terrible fallo que no tardaría en lanzar el tumultuoso consejo de guerra que juzgaba por mera fórmula al caudillo, entregada á un desaliento infinito, sola, buscando recursos supremos al pié de una imagen de la Madre de los Dolores, tapándose los oídos para no oír los feroces gritos que pedían la cabeza de su esposo... y viendo que declinaba el sol... y volaba el día sin traerle una sola esperanza!...

Sorprendida por el silencio que se hiciera de pronto, escuchó con ansiedad... La puerta de la habitación se abrió con estrépito, precipitándose un hombre, presa del mayor desorden.

—El enemigo... el enemigo...aquí... a las pocas cuerdas, articuló, dejándose caer por tierra, vencido por el cansancio.

¡Ah!, exclamó Juana, radiante de valor y de esperanza: ¡bendito sea Dios! La salvación común será esta vez más fuerte que todo... Olvidarán á mi esposo para ocuparse en la propia defensa.

Y tomando las pistolas que dejara Padilla aquella mañana sobre la mesa, se lanzó fuera, murmurando con reconcentrada resolución:

—Y ¿no vale más recibir la muerte de manos del enemigo?

El silencio que reinaba en las calles trajo un frío de muerte á su corazón; toda aquella multitud desencadenada por el furor, se habia reconcentrado en la plaza, ante el edificio entre cuyas paredes estaba encerrado el caudillo, y léjos de pensar en organizar resistencia á la noticia de la proximidad del enemigo vió en este hecho la confirmación del crimen, y solo pensó en vengarse del traidor, forzando la puerta que lo ocultaba, olvidando el peligro común, olvidando, en fin, al enemigo, cuyo paso rápido y cadencioso se escuchaba.

Una sola mirada bastó á la esposa del caudillo para comprender y hacerse cargo de la situación.

Hendiendo la multitud con la fuerza y la agilidad de una leona acosada por una jauria, consiguió colocarse en la atacada puerta de la cárcel, y desde allí, donde parecía haber crecido de un palmo su soberbia estatura, gritó á la multitud, con voz que dominó el rumor como domina la del clarín en el combate.

—¡Cobardes!, volveis la espalda á ciento para asesinar á uno solo!... ¡Hazaña digna de vosotros!... Avanzad, pues, que y o me basto para teneros á raya.

Por segunda vez en aquel día de prueba, la actitud de Juana impuso á la turba, que, sobrecogida y dominada, retrocedió dejando un espacio entre élla y la heroica mujer, colocada allí de blanco á su irrazonada furia.

—El enemigo!... Sálvese quién pueda, exclamaban voces confusas y desesperadas.

Ya no era tiempo: las fuerzas de Blanco entraban por las bocacalles á la plaza, encerrando en un círculo de fuego y hierro á los patriotas.

—¡Alto!, ordenó vivamente Hernando, que venía en primera líneas, a descubrir á Juana. Allí está la esposa del rebelde. ¡Atención, muchachos! Hay que hacerla caer viva en nuestras manos... viva, á todo trance.

Una sonrisa de triunfo iluminó el semblante de Juana.

—Yo los obligaré á que me maten, dijo, descargando sus pistolas sobre ellos.

Dos gritos de agonía respondieron á la detonación; y, á la vista de la sangre de las primeras víctimas de aquella fácil jornada, la voz de Hernando fue impotente para contener el furor de los soldados, que se lanzaron contra Juana indefensa y serena. En el instante en que el jóven, con rapidez del rayo, se colocaba ante élla y recibía el certero golpe destinado á la esposa de Padilla, cedió la puerta en que tenía lugar esta escena, cerrándose con igual presteza sobre Juana y Hernando, precipitados dentro por aquel brusco é imprevisto impulso.

XXVI

Ellos no pudieron notar, por consiguiente, el nuevo aspecto que tomaban fuera los sucesos. A nuestra vez, y para darles más luz, creemos necesario retroceder un poco en nuestra relación.

Las previsiones de Hernando se realizaron á satisfacción de los dos amigos. La llegada de las fuerzas de Alcalá coincidió con el esperado regreso de Isidro, portador de los graves acontecimientos que tenían lugar en La Laguna: la acusación y la prisión del caudillo, el ciego furor de la tropa unida con el pueblo, pidiendo la cabeza del traidor; en fin, el desórden, el caos en las filas patriotas.

—Apresurémonos, exclamó Hernando, para tomarlos á paso de vencedores, y hacer los honores en el campamento de los rebeldes, á las fuerzas de Cueto y de Ravelo.

Nada se opuso como acabamos de ver, á la realización de este plan: los realistas quedaban dueños de la plaza, sin haber encontrado resistencia: más, en el instante en que la puerta salvadora se cerraba sobre Juana y Hernando, se oyó el grito atronador de: ¡Viva la Patria! ¡Viva Padilla!, seguido de una descarga de fusilería, dirigida contra los vencedores.

Polanco, á la cabeza de un pelotón de hombres armados, acometía por una de las bocacalles. Su vista electrizó á los acobardados vencidos, y de todos los pechos, dilatados por la esperanza, salió esta exclamación delirante:

—¡Las fuerzas del Villar á nuestro socorro!...¡Muerte á los godos!

La sorpresa paralizó por un momento á los servidores del Rey: pero, á la voz tonante de Blanco, se aprestaron con nunca desmentido valor, á contestar al violento choque de los recién llegados. Más, el número de éstos era muy reducido, como lo sabemos, y una vez que asó lo comprendió el Comandante realista, gritó á los suyos con aire desdeñoso:

—Son unos cuantos miserables: ¡á ellos, mis valientes!

No tenemos ni para un bocado.

—¿Sí, eh? Le contestó Polanco, con su tono habitual de burla. Ya saldrá el mastín que te haga largar la presa.

Pero Polanco sentía, en el fondo, un desasosiego mortal. ¡ El pueblo en poder del enemigo!... ¿Dónde, pués se encontraba el caudillo?...Y la desesperada y heroica diversión que operaba á la cabeza de su puñado de bravos compañeros, no podía sostenerse mucho tiempo, y entonces...

—¡Viva Padilla!

A este grito extortóreo lanzado por Polanco, contestó unánime aquella misma multitud que momentos ántes olvidaba su propio peligro para saciar su sed de venganza contra el caudillo, y que ahora, al verlo aparecer la espada en alto y la pistola apuntada al pecho del enemigo, sintió reanimada su fuerza, vivo su entusiasmo, irresistible su empuje.

Padilla no venía solo: rodeábanlo con vítores varios soldados, y corrían otros armados para engrosar su grupo.

—Mil millones de demonios! Murmuró Blanco, confesándose el cambio sufrido en su situación. El mismo infierno se pone de la partida, vomitando de su seno al maldito rebelde... Y, mientras tanto, ¿dónde diablos anda metido Hernando?

La sorpresa del jóven Comandante era justa; ignoraba que Hernando, mortalmente herido, se halló de pronto en brazos de don José, que tan providencial y oportunamente salvará á Juana del furor de los realistas. Ella miró dolorosamente al jóven, y le dijo con un desaliento infinito:

—Por qué haber cambiado nuestros destinos?... La juventud, la gloria y la dicha le sonríen... Yo quiero morir para no ver á mi esposo... ¡sin honra! en un cadalso.

El cuerpo de Hernando sufrió un sacudimiento poderoso.

—¡Se muere! murmuró don José!

No... todavía no, balbuceó el jóven, mientras una lágrima humedecía sus ojos, ardientemente fijos en Juana.

Sacando con penoso esfuerzo la cartera del bolsillo, prosiguió rápidamente y convulsivamente:

—Las cartas... ahí... la justificación completa... del Coronel. El amor me lanzó... al crimen... ¡Perdón... Juana!... ¿Comprendes... cuánto... debido amarte?...

Y, sonriendo con inefable ternura, cerró suavemente los ojos y quedó inmóvil; estaba muerto.

D. José, sin cuidarse de otra cosa que de la salvación de Padilla, había volado mientras tanto, á la puerta de su calabozo, donde los más feroces de sus guardianes, se disponían á victimarlo; ántes (como ellos vociferaban) de que presenciase el triunfo de su traición y recibiese el premio de la sangre de los patriotas. Más, ante la luz que arrojaban sobre la conducta del caudillo su propia carta y la muy expresiva de Blanco á su amigo, la verdad se impuso sencilla y grande á aquellos espíritus apasionados; y la puerta del calabozo se abrió esta vez de par en par para dar paso al caudillo, aclamado por aquellos mismos que se disputaban el papel de verdugos suyos, y á cuya cabeza se presentaba ahora ante el enemigo para arrancarle la victoria.

XXVII

Desde aquel momento, la única preocupación de Blanco fue maniobrar rápida y enérgicamente para asegurar la retirada, sin dar tiempo á la reunión del caudillo con la ya engrosada guerrilla de Polanco, y anticiparse también al empuje de la multitud, cuya hostilidad empezaba á traducirse de una poco tranquilizador para los realistas, por medio de las piedras que, á falta de otros proyectiles, lanzaba certera é incesantemente sobre ellos.

El valor y la sangre fria del jóven Comandante, fueron coronados por el éxito; y cuando pudo aquella misma noche establecer de nuevo su campamento en Alcalá, permitiendo dos ó tres horas reposo á sus soldados, tras tan ruda jornada, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho, oprimido, más que todo, por la inexplicable ausencia de Hernando. ¿Qué era, pues, del jóven? A esta repetida pregunta nadie había podido contestar satisfactoriamente, á menos que... Pero no: Blanco rechazaba estremecido esa terrible suposición, cuya posibilidad bastaba á desesperarlo.

La luz del nuevo día los sorprendió de pié y quebrantado por el insomnio. Su ordenanza llamó suavemente á la puerta.

—¿Qué sucede? Preguntó bruscamente Blanco.

—Mi Comandante, contestó con voz tímida el soldado, ahí esta un hombre que se dice portador de un mensaje importante para U.

—¡Son noticias de Hernando!, exclamó el jóven, con un arranque de esperanza, apresurándose á llamar al mensajero.

Este se presentó incontinenti.

—Santiago! Murmuró Blanco, sintiéndose sobrecogido ante la expresión de profundo dolor impresa en el rostro del adicto y leal servidor de su amigo.

Santiago quiso hablar, pero ahogado por la emoción, puso silenciosamente en manos del jóven un pliego que solo contenía estas concisas líneas.

"Doña Juana Asurduy de Padilla al Comandante don Pedro Blanco"

"El Capitán don Hernando de Casto ha muerto, recibiendo en su noble pecho el golpe que asestaron los suyos contra el mío. Preparaos á recibir su mortal despojo, que lealmente os devuelvo, comprendiendo que esa á vos y á los vuestro á quienes toca conservarlo"

"¡Honor y paz sobre su tumba!"

FIN.

[Potosí, 1895](#)